



ADMINISTRACIÓN:

RONDA DE LA UNIVERSIDAD, N.º 14
BARCELONA

APARTADO DE CORREOS: 147

Teléfono: 1150

DIRECTOR POLÍTICO:

D. FRANCISCO DE P. OLLER

REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

DIRECTOR ARTÍSTICO:

D. PACIANO ROSS

COLABORADORES

Excmo. Sr. D. Hermenegildo Díaz de Cevallos.

Excmo. Sr. Marqués de Valde-Espina.

Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.

Excmo. Sr. Barón de Sangarrén.

D. Antonio Brea.

Excmo. Sr. Marqués de Tamarit.

D. Joaquín J. Llorens F. de Córdova.

D. Juan Vidal de Llobatera.

D. Ramón Vila y Colomer.

D. Tirso de Olazábal.

D. Manuel Rodríguez Maillo.

D. Gabriel J. Llompарт.

D. Carlos Cruz Rodríguez.

D. Reynaldo Brea.

Todos los grabados que publica esta Ilustración, son originales é inéditos en España y en el Extranjero.



ARCHIDUQUE CARLOS SALVADOR DE AUSTRIA

PADRE POLÍTICO DE DOÑA BLANCA DE BORBÓN

EN EL ALBUM DEL REY

Si yo no tuviese hace años la triste convicción de que ha palidecido el sol de la gloria hispana y su fortuna ha desplegado las alas para ir á posarse en otras regiones del mundo, hoy lo creería viendo al rey que el destierro nos niega, y que honraría la estirpe de Borbón más que el Animoso Felipe V y el Justo Fernando VI.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Venecia, 13 de Enero de 1888.

Ancha concordia es mi perpetuo sueño,
que sin ella no hay vida, paz ni suerte;
no desprecio por débil al pequeño,
ni solicito por temor al fuerte,
ni huyo del grande en envidioso empeño.

Que el triunfo del Estado no se alcanza
con exclusiones de ofensivos modos,
ni de injusto poder se halla venganza
sin el concurso general de todos,
porque el número es siempre una esperanza.

Una hoja es en árbol corpulento
unidad sin valor, sombra y figura;
mas tejida con otras, ciento á ciento,
ni las traspasa el rebramar del viento
ni la lumbre del sol por su espesura.

Así se forma el roncadador nublado;
así se forja el rayo y nos arredra,
¡ay de aquello que esté más encumbrado!
que ni el templo se libra por sagrado,
ni el rudo alcázar por su bronca piedra.

Basta, pues, de pequeñas divisiones,
y sacudir enervador desmayo;
concítense á una voz nuestras acciones,
y tornarán los pardos nubarrones
á reforjar en nuestro bien su rayo.

EL MARQUÉS DE CERRALBO.

Venecia, 15 de Mayo de 1883.

La adversidad es una escuela que los Príncipes deben aprovechar para aprender á hacer felices á sus pueblos.

EL MARQUÉS DE VALDE-ESPINA.

Venecia, 10 de Marzo de 1883.

Del tierno enamorado al buen amigo
hay inmensa distancia:
el amigo ama siempre; mas no siempre
es amigo quien ama.

EL MARQUÉS DE HEREDIA.

Si De Maistre dijo un día de Voltaire: «París lo coronó: Sodoma lo hubiera desterrado», creo que hoy ha-

bría dicho de Don Carlos: «¡Le dió un destierro su patria: el mundo le hubiese dado una corona!»

Nunca osé penetrar hasta la morada de los Príncipes, donde tienen cabida el genio de Maquiavelo y la majestad de Bossuet; pero mi pensamiento se atrevería á corregir aquellas palabras con toda la efusión con que la sangre chilena, al contacto de la española, siente las suaves delicias que el hijo al calor del beso materno, diciendo: «¡La victoria no es el éxito: la victoria es la causa!»

ALEJANDRO MÉNDEZ.

Venecia, 18 de Febrero de 1888.

Ya sin infamia cumplen su destino
el vil perjurio y la calumnia artera;
ya la traición, mostrando su bandera,
recorre ufana espléndido camino;

goza en paz de su triunfo el libertino,
que ni candor ni ancianidad venera;
halla el ladrón halagos dondequiera;
ciñe laurel de gloria el asesino;

que si en edad de la ignorancia esclava
fué la deshonra susto del malvado,
ya por fin se rompió la odiosa traba:

ya ni el más ruin ó bárbaro atentado
el honor de los hombres menoscaba:
ya sólo hay deshonor para el honrado.

MANUEL TAMAYO Y BAUS.

El Apóstol Santiago, con su caballo *blanco* de batalla, llevó á nuestros padres de victoria en victoria al glorioso reinado de Isabel y de Fernando.

Esta generación descreída tendrá su Rey Católico cuando el terrible azote de *La Mano Negra* le obligue á desearlo.

Pero aun más que dirigiendo el esfuerzo de los héroes, brilla el Principado Cristiano dando alientos á un pueblo arrepentido.

ALEJANDRINO MENÉNDEZ DE LUARCA.

Madrid, Pascua Florida 1883.

¿Qué es la vida? Méditalo: un desierto
donde un venero por acaso brota,
de sus arenas entre el giro incierto,
que antes que apague nuestro ardor se agota.
Engañoso el placer, el dolor cierto,
sólo encontramos en la senda ignota;
¡y dichoso el que al fin de la jornada
torna inocente á la primer morada!

GABINO TEJADO.

Madrid, 29 de Marzo de 1883.

Pocas cosas hay tan difíciles como hablar á tiempo. «E por ende todo home—escribe el sabio Rey de Castilla—e mayormente el Rey se debe mucho guardar en su palabra: de manera que sea catada é pensada ante

quela diga. Ca despues que sale de la boca, non puede home facer que non sea dicha.»

Obedecer cuando hacemos nuestro gusto, es cómoda obediencia; el toque de la virtud está en el propio vencimiento.

Castigar y perdonar son atributos de la soberanía, pero brilla más la majestad del solio en el perdón que en el castigo.

JOSÉ DE LIÑÁN Y EGUIZÁBAL.

Madrid, 31 de Diciembre de 1889.

No hay título más honroso, para un hombre de honor, que el de *leal*.

F. CAVERO Y ALVAREZ DE TOLEDO.

¿Ser ezaugo deutzet nere Jaun ta Aitari? Maite dotala ta niregaz Bizcaitar guztijac, eta zure gaitik tua Españaren ondo izatia gaitik emongo neukiala neure biotzeco asquenengo odol tantaraño.

¿Qué diré á mi Señor y Padre? Que le amo extremadamente, como le aman todos los vizcaínos, y que por El y por la ventura de España derramaría gustoso hasta la última gota de mi sangre.

JUAN DE SARASOLA.

Venecia, 9 de Enero de 1890.

Los pueblos gobernados por rey legítimo son como los niños á quienes cría su madre.

Los pueblos á quienes gobiernan reyes impuestos, son niños entregados á nodrizas.

Si España sufre y llora, es porque está separada de su madre.

Por esto la llama sin cesar.

LUIS M.^a DE LLAUDER.

Venecia, 15 de Marzo de 1888.

Los dos afectos más dignos del corazón de un Rey Católico son el temor de Dios y el amor á su Patria.

RAMÓN ALARCÓN.

30 de Marzo de 1883.

Las más nobles cualidades de nuestra raza tienen en Loredán un egregio representante. Sea permitido al viajero dedicar aquí un pensamiento de simpatía respetuosa al príncipe ilustre.

J. ORTEGA MUNILLA.

Venecia, 13 de Enero de 1888.

Como el mármol se bruñe con esmeril, así las almas grandes reciben en el taller de la adversa fortuna el brillo que las hermosea.

La Revolución odia según teme.

¡Qué gloria merecer con preferencia el odio de la Revolución!

JUAN DE LAPAZA DE MARTIARTÚ.

31 de Marzo de 1883.

Siete siglos de una lucha sin tregua costó á la antigua España arrojar á los moros al otro lado del Estrecho.

¿Por qué desconfiarán los carlistas, cuando apenas hace medio siglo que combaten contra la morisma moderna?

R. ESPARZA.

Len, orañ eta guero ni beti zurequin.

Antes, ahora y después, yo siempre con Vos.

EL VIZCONDE DE ORBE.

Venecia, 10 de Marzo de 1883.

LA GUERRA CIVIL

EN ANDALUCÍA

FARSA se representó en Abril del año 72 en los campos de Oroquieta, sacrificando al General D. Eustaquio Díaz de Rada, y con él á tantos infelices como fueron prisioneros y deportados á la isla de Cuba; farsa también tuvimos la desgracia de sufrir en Andalucía los que, víctimas de nuestro honor, salimos al campo, cumpliendo nuestra palabra de caballeros.

Desprovisto el partido carlista de hombres de influencia, ocuparon los puestos en Juntas los hombres del partido moderado, que perdían con la derrota de Alcolea sus más ilusorias esperanzas (1).

Este partido, como todos los liberales, hecho á mudanzas rápidas, en que sin sacrificios personales se conseguía el poder, gastaba poco y mentía mucho, para más merecer.

Así vemos que cuando Don Carlos mandaba levantarse en armas á todas las provincias de España, considerando como traidor al que no lo hiciese, en Granada se nos tachaba de traidores, si lo hacíamos; y es que al sublevarnos, perseguían á las Juntas carlistas, y esto no acomodaba.

También era expuesto permanecer con los brazos cruzados; el Rey podía saberlo, y entonces perdían la patente de patriotas.

¿Qué hacer? Sacrifiquemos esta gente que nos está importunando diariamente; y se organizaron tres partidas.

Verdaderamente la formación de partidas carlistas en Andalucía era una locura; porque ni el país es es-

(1) Todos estos hombres están hoy con Cánovas y Sagasta; no podemos, pues, temer les lastime este parrafito. Hablo de Andalucía.

cabroso para organizar un ejército que nace, ni el espíritu de sus habitantes es simpático á la Causa. Pero si estas eran unas verdades que no necesitaban demostración, ¿por qué se nos hacía creer en el levantamiento en día no lejano, evitándonos así el irnos al Norte y conteniéndonos con promesas difíciles de realizar?

El 1.º de Marzo de 1873 se levantaban tres partidas en la provincia de Granada.

Una se formó en un cortijo cerca del polvorín del Fargue, á una legua de la capital, que había de operar

en tierra de Guadix, país escabroso y con una sola carretera.

Otra se organizó en el paseo de la Bomba, á orillas del Genil, que se dirigía á las Alpujarras, terreno muy quebrado, y que por Sierra Nevada se podía comunicar con la de Guadix.

Y la otra, estratégicamente considerado, debió formarse en Alhama, país escabroso y sin vías de comunicación, y que en caso de apuro podía darse la mano con la de la Alpujarra, por la Sierra de Lújar, ó con



Palacio de Orbe, situado en Ermua (Vizcaya), propiedad del Excmo. Sr. Marqués de Valde-Espina.

una que operaba en Vélez-Málaga, por Sierra Tejea.

Esta tuvimos la desgracia de mandarla, por no parecer el jefe destinado al efecto, y nos la hicieron organizar en el peor sitio posible (gracias al *Molke* que concibió tal proyecto); buscaron la confluencia de una carretera con la única vía férrea que existe en la provincia, y en lugar tan *estratégico* se nos dió la orden de reunirla.

Las partidas de Guadix y la Alpujarra se sostuvieron diez ó doce días; pues aunque contaban con malísimo armamento y ningunas simpatías, el terreno les ayudaba, y solamente sucumbieron al cargar sobre ellas el entonces Brigadier Salamanca, gobernador militar de Málaga, cayendo unos prisioneros y ocultándose otros.

La del Salar de Loja fué sorprendida antes de reunir la gente, como no podía menos de suceder, dada la proximidad de Loja, población grande y muy liberal, y habernos colado entre la carretera y vía férrea.

No siendo nuestro ánimo molestar á nadie, echemos un velo sobre lo pasado y ocupémonos del porvenir.

Andalucía en general es republicana; las clases acomodadas tampoco son simpáticas al carlismo; pero cuando reina la anarquía, todo el que tiene algo busca un salvador, que el desorden no le da lugar á elegir: se acoge al primero que se presenta, y el año 73 no se había presentado más que Don Carlos.

Que había tropa comprometida, es una verdad, y que al desarme de los carabineros se pudo sacar mucho partido, sublevándolos al grito de Don Carlos, no hay que dudar; así como pudo formarse una fuerza regular entre alguna tropa y los paisanos.

Cuando hay que acometer grandes empresas, no deben asustar los grandes obstáculos.

Hay países como Navarra y las Vascongadas, Cataluña y el Centro, donde se pueden formar grandes ejércitos; pero como el ejército nacional es mayor, conviene que otras provincias distraigan fuerzas, des-

membrándolas del gran centro de acción, y entonces las victorias serán mayores por nuestra parte, trayéndonos graves consecuencias las derrotas al enemigo.

Así es que el fin que se proponía la expedición Lozano debimos nosotros haberlo conseguido, anticipándonos.

Andalucía, aunque llana, no deja de tener defensa, si se la conoce bien, y á su conocimiento añade el jefe que opere un mediano criterio.

Una vez ordenado el levantamiento, debía ya te-

nerse, no solamente preparado el armamento y estudiado el terreno de operaciones, sino también convenir en la inteligencia de unas fuerzas con otras.

Guadix está circundado de numerosos pueblecitos, que hubieran dado raciones suficientes á 1.000 hombres, y carece de ferrocarril; la partida de la Alpujarra también contaba con infinidad de pueblos, que aunque pobres, siempre disponen de más recursos que las Vascongadas. La de Alhama, que nunca se debió formar en la venta de Pulgar, contaba con un distrito



Sitio de Bilbao.—Batería del Choritoque.

rico; y todas tres tenían como campo de operaciones la gran cordillera penibética, que en caso apurado les permitía ponerse al amparo del ejército del Centro sin pasar por llano alguno.

La persecución de estas partidas tenía que venir de Málaga, única provincia que contaba con carabineros entonces, pues en Granada no había más que artillería, caballería y nacionales; estos últimos no se movieron, y los otros no podían hacerlo sin infantería.

Ahora bien; el Brigadier Salamanca podía venir por el tren, como efectivamente lo hizo, bajarse en Loja y emprender la marcha por el camino de herradura de Santa Cruz á Alhama; después de una marcha de 7 leguas, se encontraba á los pies de una ciudad fuerte, por su posición, sobre una peña cortada, sirviéndole de foso el río; y aunque entrase sacrificando su gente,

todavía teníamos la Sierra Tejea como retirada y como segunda posición; esta defensa daba lugar á concentrarse las partidas que se hallaban sin persecución en la Alpujarra, Guadix y Vélez-Málaga, y establecer una gran defensa, impidiéndonos ser derrotados.

También pudo el Brigadier Salamanca venir por la vereda de Vélez á Alhama; pero no lo haría nunca, pues era mucho más peligroso, á causa de pasar el camino por una hendidura llamada el *Barranco del Infierno*, donde se hubiera encontrado con muchos diablos que cargasen con sus carabineros.

Después de organizadas, ya era distinto haber bajado á Loja y haber inutilizado la vía férrea para impedir la persecución.

En suma, la Sierra de Loja nos servía admirablemente para cortar el tren y pedir contribución á la

ciudad, Sierra Tejea, para comunicarnos con las fuerzas de Málaga, y como punto de defensa de Alhama; por la Sierra de Lújar nos dábamos la mano con la partida de la Alpujarra, y esta á su vez establecía comunicaciones rápidas con las fuerzas de Guadix, por Sierra Nevada.

Estas operaciones, que debieron iniciarse el 1.º de Marzo, hubieran dado magníficos resultados al estallar los cantones en Julio; desarmados los carabineros, marchó la artillería y caballería á Madrid, y entonces quedaba Granada á nuestra disposición, solamente con los cantonales.

Así un movimiento que pudo ser de felices resultados, concluyó por un desastre, que ni siquiera tuvo la virtud de llamar la atención.

CARLOS CRUZ RODRÍGUEZ.

TOMA DE CUENCA

LA actividad que desplegó en las operaciones militares del Ejército del Centro y Cataluña el Sermo. Sr. Infante Don Alfonso de Borbón, dió por resultado una importantísima victoria: la conquista de Cuenca.

Hállase esta capital de provincia situada entre el Júcar y el Huéscar, que sólo por tres puntos pueden cruzarse, y rodeada de un barranco que por ambos lados defienden montañas verticales de más de cien metros de elevación, pudiendo sólo atacarse por la parte baja, donde la Naturaleza no la ha fortificado tanto.

Por la parte alta existía un castillo y el lienzo de una antigua muralla que imposibilitaba el buen éxito del ataque; pues la ciudad, en vez de estar á merced de pocos voluntarios y desprovista de artillería, como cuando por primera vez y de paso entró en ella sin resistencia el Sr. Coronel Santés, contaba ahora con una numerosa guarnición, que en junto ascendía á más de 2.200 infantes, cuatro piezas de batalla y 180 caballos.

Esto no obstante, S. A. R. el Sermo. Sr. Infante general en Jefe, al frente sólo de cinco batallones, es decir, el de Zuavos, 1.º de Gútas, 4.º de Valencia, tres escuadrones y cuatro piezas de montaña, después de varios días de marchas forzadas, se presentó á medio kilómetro de la ciudad en la madrugada del 13 de Julio de 1874. Distribuidas convenientemente las fuerzas, se emprendió en seguida el ataque, rompiéndose el fuego á las tres de la mañana. Poco se tardó en conocer la insuficiencia de nuestra artillería para abrir brecha en el reducido frente que presenta la parte alta de la población; pero á pesar de esto y de la dificultad que después ofrecían multitud de calles estrechas y tortuosas, colocadas en anfiteatro y defendidas por fuegos directos y cruzados, nuestros voluntarios, con increíble arrojo, prosiguieron el ataque, y despreciando los certeros disparos que por centenares de aspilleras se les dirigían, se apoderaron á las once de la mañana del arrabal llamado de la Carretería y de la

plaza de toros, retirándose el enemigo á su formidable segunda línea. Al conseguir esta ventaja, para aprovechar el efecto que debía haber causado en los sitiados, dispuso S. A. que se dirigiese una comunicación al gobernador militar de la Plaza, Sr. Brigadier Iglesias, intimándole la rendición. Contestó éste que como soldado estaba decidido á resistir hasta quemar el último cartucho, y como los sitiados tenían abundantes municiones que empleaban constantemente por las cuatriplicadas líneas de aspilleras que nos ofendían, fué preciso, para economizar las nuestras, limitarnos á hacer los indispensables disparos para contestarles.

Formamos inmediatamente barricadas en las bocacalles que daban frente á la ciudad, á fin de que pudiera maniobrar la artillería, abriendo á la vez aspilleras en las casas, desde las que podían efectuarse los disparos con más ventaja; pero el avance lo hizo imposible en aquel momento la inmejorable fortificación del puente que une la ciudad con el arrabal, y perdida ya toda esperanza por parte de los jefes que mandaban los batallones de ataque, al ver inútiles todos sus esfuerzos é infructuosos cuantos medios emplearan, resolvieron al anochecer del día 14 mandar un comisionado á S. A. R. que le diese cuenta de los enormes obstáculos que estrellaban sus ardorosos bríos. La respuesta del Infante fué sublime y electrizó el corazón de los voluntarios: «Cuando ya no quede un soldado para dar el asalto, entonces iré yo á buscar la muerte al pie de las murallas. Antes de veinticuatro horas, Cuenca habrá caído en poder de Carlos VII ó el Ejército Real del Centro habrá sucumbido con heroísmo.»

Al oír tan enérgica contestación, el Brigadier Villalán, el Coronel Monet, el Teniente coronel D. José Agramunt (cura de Flix) y el Comandante Bou acordaron efectuar el asalto con el decidido propósito de secundar al pie de la letra la valerosa determinación de su general. Mientras se simulaba un ataque al puente, el intrépido Coronel Agramunt, atravesando el río á la cabeza de unos cuantos zapadores de zuavos y del 1.º Batallón del Maestrazgo, conseguía la apertura de una brecha y se apoderaba de las primeras casas del segundo recinto.

Era ya éste el último baluarte del enemigo, y en él concentró todas sus fuerzas, haciendo una tenaz resistencia en las calles, erizadas de barricadas, y en las casas, que defendía una tras otra, causándonos numerosas bajas con el mortífero fuego que á cubierto nos hacía. ¡Vano empeño! Nuestros voluntarios, en vez de intimidarse ante tan porfiada defensa, y á pesar de las desventajas fueron ganando terreno, tomando las casas una á una y obligando al enemigo á refugiarse en sus últimas trincheras. Consiguió, por fin, tanto valor su justa recompensa, porque á las tres de la tarde, agotados ya los medios de resistencia, enarbó bandera blanca la guarnición enemiga y pidió cuartel el Gobernador militar de la plaza.

Fuéle concedido en seguida, y rendida la ciudad, penetraron inmediatamente en ella SS. AA., en medio de las entusiastas aclamaciones de las tropas Reales.

Cayeron prisioneros el Brigadier gobernador, 4 jefes, 25 oficiales y 500 soldados del Batallón de Toledo; dos fuertes escuadrones, uno de lanceros de España y otro de carabineros; 26 caballos de la Guardia civil y toda la milicia nacional; en suma, 2.200 hombres. Cogimos además las piezas rayadas de batalla, de á 8,530 proyectiles Krupp, 377 botes de metralla, 569 espoletas, 20 cajones de cartuchos de granada, todo el armamento de la infantería, consistente en 700 fusiles Remington y unos 1.500 Minié, 500.000 cartuchos Remington y otros efectos de guerra y estancados por la Hacienda.

Tantas ventajas fueron alcanzadas con pérdidas relativamente pequeñas, pero no por eso menos sensibles. Tuvimos que lamentar la muerte del valiente Comandante D. Julio Segarra, dos oficiales del Batallón de zuavos, un teniente de artillería y 24 voluntarios. Fueron heridos además cinco oficiales y muchos voluntarios. Las bajas del enemigo fueron bastantes.

Esta victoria, conseguida sobre una capital de provincia distante dos jornadas de Madrid y tenazmente defendida por numerosa y bien provista guarnición, tuvo gran resonancia. Europa entera, al contemplar á S. A. tranquilamente alojado en su nueva conquista por espacio de tres días, demoliendo las fortificaciones y nombrando nuevo Ayuntamiento, empezó á convencerse del valor y buena organización de las tropas carlistas del Centro y Cataluña.

GABRIEL JOSÉ LLOMPART.

BOCETOS MILITARES

FORTIFICACIÓN

L perfecto conocimiento de la fortificación *permanente* exige constante y detenido estudio; pero el de las obras de *campana* destinadas á proteger un campo, un vivac, un cantón ó un punto avanzado, es más que nada cuestión de sentido común. Todo oficial debe poseer nociones elementales (por lo menos) sobre la mejor manera de atrincherar un puesto, pues es harto triste para un oficial pundonoroso recibir orden de hacerse fuerte en una quinta, bloquear un camino, defender un paso, etc., y tener que esperar la llegada de un oficial, y á veces la de un sargento de Ingenieros, para empezar á desempeñar su encargo; si bien cuando se trata de establecer un extenso y complicado sistema de fortificaciones corresponde á los oficiales de Estado mayor é Ingenieros la dirección de los trabajos.

En las Memorias de Napoleón leemos:

«Las fortificaciones de campana siempre son útiles: nunca estorban.» En la actualidad, el fusil cargado por la recámara facilita la enérgica defensa de los más sencillos atrincheramientos, al paso que el cañón rayado, con sus proyectiles explosivos, impone la necesidad de construir abrigos blindados; á los extraordinarios efectos de los fuegos de cañón hay que oponer la masa de los parapetos; al ataque á viva fuerza, los fuegos

combinados con los obstáculos pasivos, armonizando las obras de campana con las prescripciones de la táctica; y aunque todavía no haya el arte militar llegado á su expresión definitiva, no por ello se deberá rebajar en lo más mínimo el valor de las posiciones, sino que, por el contrario, los trabajos de *Brialmont*, *Brunner*, *Girard*, *Bernáldez* (1) y demás autores, así como la enseñanza de la guerra franco-prusiana, de la última campana carlista y de la de Oriente, han establecido una serie de principios y disposiciones perfectamente adaptadas al combate moderno, y su estudio, desligado hoy de los cálculos geométricos que en otro tiempo se creían indispensables, es, á más de importante sobremanera, extremadamente sencillo.

Las obras llamadas de campana se construyen cuando hay que ocupar ó conservar una posición ó cuando no hay medio de contener sin su auxilio el avance del enemigo, ni de batirle sin la eficaz protección del terreno; el partido que en tales casos haya de seguirse, está siempre subordinado á un plan general cuando se lucha en gran escala, ó bien depende de la fuerza y moral de las tropas de que se dispone. Siempre es necesario tener también en cuenta la moral del enemigo, el grado de su audacia, y su energía para perseguir los fines que se proponga; sólo cuando todo esto se conoce, pueden ser buenos tantos otros medios cuantos se empleen para reforzar la defensa ó el ataque, evitando siempre la defensiva absoluta, porque su consecuencia sería la propia derrota, causada más aún que por el prolongado esfuerzo del enemigo, por la falta de víveres y la desmoralización de las tropas.

El trazado depende: 1.º, de la configuración especial del terreno; 2.º, del objetivo; 3.º, del tiempo de que se disponga; 4.º, de los materiales que se pueden emplear y 5.º del número y arma de los voluntarios que deban guarnecer los atrincheramientos.

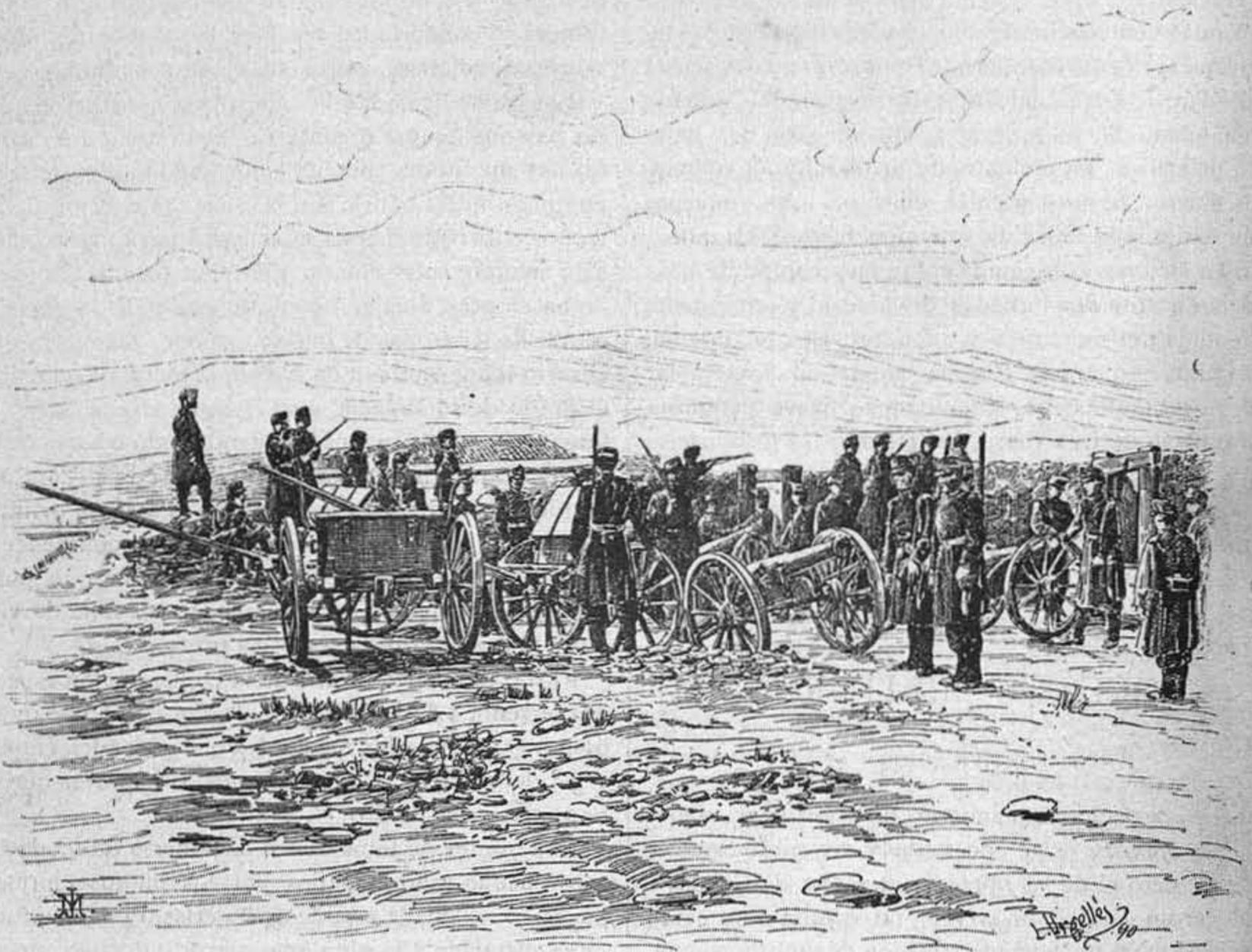
Los frentes de éstos deben disponerse de modo que sólo puedan estar enfilados por los puntos en que el enemigo no pueda establecer baterías ó por las alturas cuya distancia á la obra sea mayor que el alcance de los cañones; los ángulos salientes no deben ser menores de 60º, y los entrantes deben estar comprendidos entre 90º y 110º; toda obra debe trazarse de tal manera que sea fácil barrer su frente, no sólo por su propio fuego, sino que también por el de las otras obras ó tropas que haya á sus inmediaciones, y á las cuales deberá prestar idéntica protección; el apoyo que las distintas partes de que se componga un campo atrincherado puedan prestarse mutuamente, es la mejor prueba de su buena ejecución. Los objetivos son tan variados que

(1) Entre estos trabajos citaremos *La defensa de los Estados y de los campos atrincherados*, del General Brialmont; el *Manual de fortificación de campana*, del mismo autor; la *Fortificación permanente y de campana*, del oficial alemán Brunner; el *Tratado de las aplicaciones tácticas de la fortificación*, del oficial belga Girard; la *Construcción y empleo de las defensas accesorias*, del mismo autor; la *Fortificación de campana aplicada* y el *Proyecto de un campo atrincherado en Bélgica*, ambos también de Girard, y *La fortificación moderna* y los *Elementos de fortificación pasajera*, del oficial español Bernáldez.

ni siquiera trataremos aquí de enumerarlos; su estudio puede hacerse en todos los tratados de arte imilitar. El tiempo de que se dispone influye, no sólo en el *perfil* que convenga adoptar, sino que también en su trazado; si sólo se cuenta con algunas horas, sería absurdo pensar en construir atrincheramientos de regular importancia; pero en todo caso se deben hacer los trabajos de manera que se puedan desarrollar en mayor escala, si al fin se cuenta con más tiempo del que se esperaba en un principio.

El examen detallado, tanto de los distintos sistemas de fortificación susceptibles de emplearse, como de las infinitas obras que pueden construirse, nos desviaría demasiado de nuestro propósito, razón por la cual sólo expondremos aquí ligeras consideraciones que deberán tenerse presentes en la generalidad de los casos que pueden ocurrir.

Las obras de campaña se llaman *volantes* ó *expeditas* (1), cuando en su construcción únicamente se emplea el corto tiempo que media entre el término de



Sitio de Bilbao.—Vista interior del fuerte de Miravilla.

la marcha y el principio de un combate inmediato, y se llaman de *posición*, si para su construcción se cuenta con quince, veinte ó más días.

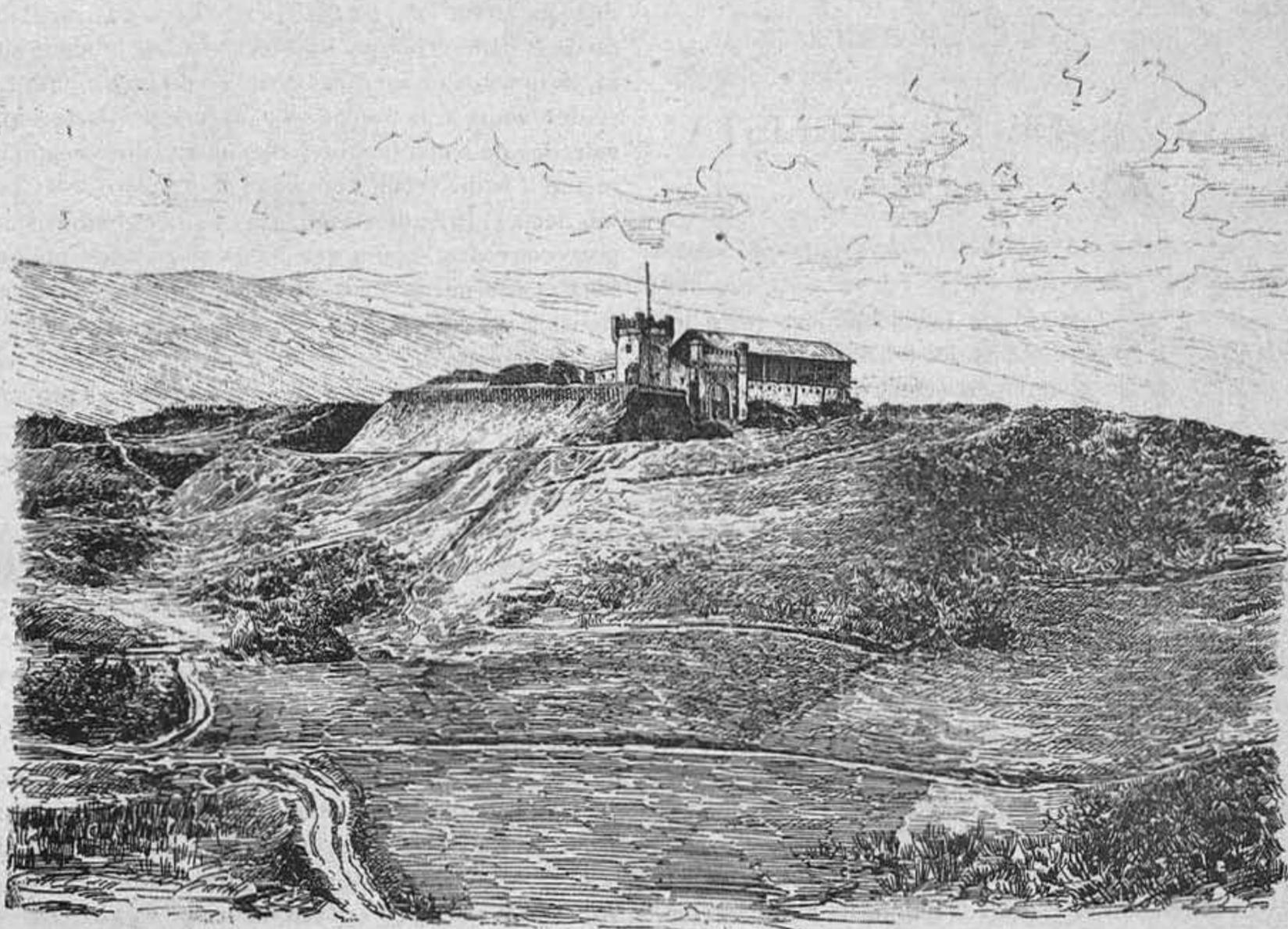
Los elementos principales de un atrincheramiento de posición son: el *foso*, obstáculo que dificulta el asalto de la obra; el *parapeto*, masa de tierra que preserva á los defensores de los tiros directos del enemigo y de algunos de los de sumersión, y la *trinchera*, excavación en la que se guarecen los defensores durante el combate de artillería y que les protege contra los fuegos ordinarios de sumersión; se llama *perfil* la figura formada por las intersecciones de un plano vertical y perpendicular al frente del parapeto, con las distintas superficies que limitan el atrincheramiento; *plano de fuegos* es el superior, inclinado, del parapeto; *talud exterior é interior*, los dos planos que limitan el parapeto;

berma, el espacio que media entre el pie del talud exterior y el borde del foso; *escarpa y contraescarpa*, los dos planos que limitan el foso; *línea de fuego*, la intersección del talud interior y el plano de los fuegos. La trinchera suele tener escalones recostados en el terreno para facilitar las comunicaciones; *espesor* del parapeto es la distancia horizontal entre la línea de fuegos y la intersección del talud exterior del parapeto con el plano de fuegos; *altura del parapeto* es la distancia vertical de la línea de fuegos al terreno natural. Siendo el objeto del parapeto preservar á los defensores de los fuegos enemigos, es preciso que tenga suficiente espesor para que no lo atraviesen los proyecti-

(1) Wauwermans, *Fortifications et travaux du génie aux armées* (Bruselas, 1879).

les que pueda recibir; para ello bastan 0'40 metros contra las balas de fusil y los cascos de granada; 3 á 4 metros contra las granadas de los cañones de campaña, y 6 á 8 metros, si está expuesto el parapeto á los fuegos de las piezas de sitio. La altura del parapeto ha de ser la necesaria para preservar de los fuegos de suersión á los voluntarios que ocupan la trinchera; para conseguirlo, se combinarán el relieve del parapeto y las dimensiones de la trinchera de modo que la trayectoria de las granadas enemigas que pasen rasando con

el parapeto, vaya á herir el terreno á retaguardia de la trinchera; la altura citada deberá ser próximamente de 1'70 metros; la profundidad de la trinchera puede variar entre 0'25 metros y 1'80 metros; el talud exterior del parapeto, así como la escarpa del foso, debe tener la inclinación natural de las tierras, y no se les debe revestir; el foso y la trinchera proporcionan la tierra para el parapeto; la profundidad del primero varía entre 2 y 4 metros, y cuando se la dan dimensiones mayores de las necesarias para obtener las tierras del parapeto,



Sitio de Bilbao.— Vista exterior del fuerte de Miravilla.

se colocan las sobrantes en el terreno natural, encima de la contraescarpa, formando lo que se llama *glacis*. Para que se pueda ejecutar un atrincheramiento, es preciso que sean equivalentes la cantidad de tierra que se extrae del foso de la trinchera y la que constituye el parapeto; el cálculo para conseguirlo se viene á reducir á una sencilla equivalencia de áreas.

La disposición interior varía según que el atrincheramiento haya de ser defendido por infantería solamente ó por fuerzas de este arma y de artillería; en el primer caso se construye todo á lo largo del talud interior del parapeto un escalón llamado *banqueta*, cuyo objeto es facilitar los fuegos de la defensa y cuya anchura es de 0'50 metros, cuando en ella se ha de situar una sola fila de tiradores, y de 0'80 cuando se hayan de colocar dos filas; generalmente se reviste el dicho

talud interior para que, pudiendo así ser casi vertical, pueda hacerse fuego más cómodamente, aproximándose á él y apoyando el fusil en la misma línea de fuegos; el plano de fuegos suele tener la inclinación de uno de altura por seis de base; cuando se haga el fuego á grandes distancias, se puede aumentar el efecto del de fusil construyendo, como los rusos en Plewna, un recinto bajo delante del parapeto; para aumentar la protección de los defensores contra las balas de fusil, se pueden colocar en el plano de fuegos varios sacos de lona llenos de tierra, entre los cuales se puede disparar como por espilleras. Cuando la defensa cuenta con artillería, hay que construir para cada pieza una esplanada á la altura necesaria para que el cañón dispare por encima del plano de fuegos, si el tiro ha de ser *á barbata*, ó bien se construye la esplanada al ni

vel natural del terreno y se hace en el parapeto una abertura llamada *tronera*; esta segunda clase de tiro presta mayor protección contra el fuego de fusil, pero expone al parapeto y á la pieza á sufrir más por el de los cañones enemigos; en cambio el tiro á barbata, ventajoso desde el punto de vista de que facilita el fuego en todas direcciones, expone demasiado á los sirvientes de las piezas, si bien este inconveniente se puede en parte subsanar con el empleo de *bonetes*, macizos de tierra de poca elevación, colocados en el plano de fuegos, dejando entre cada dos ancho espacio para el juego de la pieza, á la cual también defiende de los fuegos oblicuos.

REYNALDO BREA.

PÁGINAS DE UN CARLISTA

POR F. SAGREDO Y ESCOLANO

(Continuación.)



DEBAJO de la reja podían verse los empolvados bordes de una puerta; de modo que el suelo de nuestra habitación y unas débiles tablas era lo único que nos separaba de la calle.—Toda cerradura, pensé,

se inutiliza por la paste interior tan fácilmente, que con sólo bajar los pestillos y empujar.... ¡Bien pronto quitaría yo ese obstáculo! Por otra parte, los esfuerzos de diez hombres son muy suficientes para hacer un agujero que permita el descenso. —

Acalorado con la idea, llamé al P. Andrés, y con él acudieron los demás, creyendo que había algo que ver.—Estoy estudiando, les dije, la jaula en que nos encontramos, y si contase con protección por el exterior, intentaría algo á fin de procurarnos la libertad. Lo que afirmo es muy cierto; ustedes se resignan humildemente, confiando en cabildeos que hasta hoy han frustrado toda clase de esperanza; pero yo no soy fraile y miro las cosas de otro modo. Si nos encontráramos en la calle, ¿qué haríamos?—¡Valiente dificultad!, me contestaron; irnos á Madrid inmediatamente.—¡Cómo! ¿En la corte de la católica España había de darse el escándalo de tener en prisiones sin delito á los hijos de San Francisco?—¿No has comprendido que nuestra desgracia es debida á una ofuscación lamentable del Comandante militar?—Conformes; pero pongámonos de acuerdo y discurremos fríamente. La tentativa comprende dos partes: el P. Andrés puede muy bien encargarse, con sus relaciones, de buscar sitios seguros y cercanos á la carretera donde ocultarnos y descansar de las jornadas que forzosamente tendremos que hacer. Los demás y yo nos reservaremos la empresa principal: salir del edificio. La cuadra que hay debajo de nosotros es del Comandante militar; sabemos que está vacía, que no tiene en ella los caballos y que la ha tomado en arrendamiento únicamente para colocar los de los amigos que vienen de paso para la guerra. Si hacemos un agujero en el suelo y trabajamos con pru-

dencia y precaución, ¿por qué han de resultar infructuosos nuestros esfuerzos?—Los jóvenes al oírme se frotaban las manos como si ya fuese un hecho; los de más edad quedaron pensativos, porque la proposición era tan factible como tentadora. Sin embargo, empezaron las objeciones, terreno donde yo les esperaba. Después de buen rato de discutir, resultaron refutados victoriosamente todos los inconvenientes, y el plan de evasión que les propuse quedó aprobado con general contentamiento.

Antes de principiarse nuestra maniobra era preliminar necesario ponernos al habla con un zapatero remendón que desde las ventanas se divisaba, allá, en el fondo de la calleja; porque la cárcel, elevada á buena altura, la rodeaba un montecillo de escombros por el que se descendía á la población. Juzgamos indispensable valernos de aquel hombre; incomunicados completamente, á nadie veíamos mas que al carcelero, y—Créeme, decía el P. Andrés: una carta escrita en latín costaría poco convencerle para que la llevase á su destino; pero tengo tanto miedo á los tontos, que prefiero cien prisiones á ponerme bajo su férula. Nuestro guardador es de los llamados *de capirote*; además, parlanchín con exceso, y la intervención de un tonto en el proyecto más sencillo me parece circunstancia terrible: todo lo confunden, todo lo equivocan.... ¡Al zapatero al zapatero!—Estábamos tan persuadidos de esta verdad, que en grupo nos dirigimos á la ventana sin replicar, desde la que contemplábamos al del tirapié, que, muy ajeno de que tantos ojos se fijasen en él, machacaba suela con entusiasmo. Una de las veces que alzó la cabeza le hicimos señas con los pañuelos, suspendiendo el trabajo para mirarnos con atención. Empezamos por enseñarle el papel, que después de liado en un yesote le fué arrojado con toda la fuerza que se pudo, cayendo muy cerca de su miserable tenducho. Dejó pasar buen rato, asomándose varias veces con cautela; pero como nadie le observaba, se decidió á salir y recogerlo. En él había yo escrito: «*Si usted es buen cristiano, y quiere favorecer á los ministros del Altísimo presos injustamente, acerquese usted á las doce de la noche al pie de la reja y ate usted la respuesta á la cuerda que encontrará.*» Las nueve camas de los religiosos (porque mi camastro lo pusieron en el suelo) eran de madera, y los colchones se sostenían con fuertes cordeles de cáñamo, aparato tan limpio como inconveniente en las prisiones. Después de la última visita del carcelero nos entretuvimos en empalmar los necesarios, quedando por turno de guardia al lado de la reja. ¡Qué espectáculo cuando llegó la contestación del zapatero! En letras como hormas nos decía: «*Salamanca está escandalizada, y si lo que sus reverencias exigen no es muy comprometido, pueden disponer de mí; pero soy padre, tengo cuatro hijos, mucho miedo á la muerte y ya se harán cargo de todo. Con cualquier seña por el día me acercaré de noche á la reja á ver qué ocurre.*»

Los brincos y los abrazos se repitieron; nos considerábamos libres, y para desahogar nuestro júbilo la superioridad determinó una función extraordinaria de volatines sobre los colchones que rodaban por allí,



aunque todo en medio del mayor silencio y sin otra luz que una mezquina lamparilla.

El P. Andrés principió á dirigir el viaje dando instrucciones á otro religioso de confianza en una carta que debía llevarle el zapatero. En ella le prevenía que acto continuo saliese de Salamanca y fuese dando el aviso y preparando alojamientos secretos en los pueblos y casas que mencionaba á continuación.

Pero aquella noche ¿quién era capaz de contenernos? Los titeres duraron poco, y no dormimos hasta dejar trazado el agujero debajo de una de las camas y en el sitio más conveniente.

Para abreviar diré que por espacio de seis días se trabajó con verdadero afán; la tierra y escombros los arrojábamos antes de amanecer por las ventanas, favoreciéndonos la altura del edificio y la soledad de los alrededores. Abrimos en el suelo un cuadrado profundo; subía olor á estiércol, y hubo que taparlo cuidadosamente para que al carcelero no le diera en las narices. Mas no podíamos descender aún; era preciso para ello cortar la enorme viga que atravesaba por el centro, y las encontramos muy espesas. Acudimos al zapatero, que nos facilitó cuantas cuchillas de su oficio le pedimos; con ellas y con el auxilio de una badila íbamos arrancando astillones, quedando el asunto reducido á operación de paciencia.

Iría cortado más de la mitad del palo, cuando se precipitaron los trabajos por sucesos de gran interés: la salida de las fuerzas de caballería que guarnecían á Salamanca. Debiendo ser relevadas, mientras las otras no llegasen no había caballería que nos persiguiese, y los frailes recordaron que siempre transcurrían cuarenta ó más horas sin relevo. El P. Andrés, mejor general que nosotros, apreció en todo su valor la noticia del zapatero, y él mismo, obligándonos con el ejemplo, nos animaba á redoblar los esfuerzos. Llegó, en efecto, aquella noche crítica; nos trajeron la luz, y seguros de que

el carcelero no volvía hasta el otro día, empujamos nuestras cuchillas y nos arrojamos al trabajo con tal ardor, que á las once, aun los más gruesos podían ya bajar perfectamente.

Nada restaba que hacer, y nos dispusimos para el viaje, decididos á caminar aquella misma noche el mayor número de leguas posible y colocarnos á buena distancia de la infantería que por la mañana enviaran en nuestra persecución, si se decidían á enviarla. Nos llevamos todas las cuerdas, y empezó el descenso, que hubo de verificarse lentamente. Quedaba la segunda dificultad: la cerradura de la cuadra. La creíamos más fuerte, y la encontramos mohosa y corroída; pero atacada por la parte interior, no pudo resistir el empuje de una palanca de hierro como era la badila, y conseguimos arrancarla, hasta con sus propios clavos, sin producir el menor ruido.

Abiertas por fin las puertas de nuestro encierro, rompimos la marcha saliendo de dos en dos, para no llamar la atención. Cuatro parejas se habían ido deslizando silenciosamente, con los intervalos necesarios; el P. Andrés y yo formábamos la quinta guerrilla, y fuimos los postreros, como sucede en los naufragios, puesto que los capitanes son siempre los últimos en abandonar el buque.

Al encontrarnos todos reunidos otra vez en las murallas de la ciudad, por el lado de Santo Domingo, nos abrazamos; la noche estaba oscura y serena, y el silencio más profundo imperaba por todas partes. Haciendo una sola cuerda de los nueve trozos, se ató fuertemente al esquinazo de la muralla que pareció á los prácticos más á propósito para descolgarnos al campo, último esfuerzo en favor de la deseada libertad. Bajé el primero, por ser el de menos peso y con objeto de reconocer el terreno. Yo no tenía costumbre de un ejercicio que exigía cierta educación *ad hoc*, y con el miedo y la oscuridad, la altura me pareció considerable. En las brazadas primeras nada sentí; pero al segundo tercio se me cansaron las muñecas, y deseando acabar pronto, concluí por dejarme escurrir á lo largo de la cuerda, con no poco quebranto de mis manos. Verdad que en aquella época los espectáculos gimnás-

ticos, que enseñan por lo menos la teoría, eran escasos. Nadar, encaramarse á los árboles, montar en pelo, andar por una viga, subir y descolgarse, son habilidades precisas cuando se trata de guerra, y sobre las que no se suele reflexionar, creyendo que basta con salir á campaña. Los escoceses de Wellington no hubieran arrojado con tanta facilidad á los franceses de la posición del Buen Retiro, si no se subieran á los árboles.

Merced á las lecciones de su convento, y á una agilidad que nunca me cansé de admirar, los frailes estuvieron pronto á mi lado, y como no había tiempo

que perder, tomamos inmediatamente la carretera de Madrid.

Nuestro aposentador nos llevaba ya bastantes días de ventaja, y encontrábamos ejecutadas con admirable puntualidad las órdenes que el P. Andrés especificó en su carta. Uno de los requisitos del plan consistía en caminar de noche, y jamás ocurrió hallarnos sin escondite en los pueblos del tránsito; al despuntar el alba sabíamos que nos esperaba *la bartola*. Ya el pajar abierto como al descuido; ya el corral con su abrigado techadizo; ya el granero deshabitado, la puerta



entornada ó la llave escondida, todo según el celo, riqueza ó sentimientos cristianos de los dueños, servían para nuestra salvación, sin mencionar los comestibles que gratis nos facilitaron. Aquella fué la obra de un preso; pero que demostraba profundo conocimiento del espíritu popular. Favorecidos, pues, por el prestigio religioso, llegamos á estar muy cerca de Madrid, y cuando mayor era nuestra confianza ¡quién había de creerlo! dimos al traste con toda la invención.

A la vista de un pueblo de Castilla, pocas leguas antes de *El Molar*, detuvo á la primera pareja el resplandor de las hogueras que ardían á su alrededor. En la duda de que fuese tropa (¡qué inútil es el miedo!) quisieron consultar el caso con los demás compañeros, y la consulta nos pareció justificada. Engolfados en discutir lo mejor, resultaron varias opiniones, como siempre sucede, y perdimos la atención á lo que no debíamos perderla: al ruido. De modo que parados en grupo, y en el centro de la carretera, el pelotón de

caballería enviado desde Salamanca nos sorprendió con sus lanzas.

A no haber sido por las hogueras (de segadores, según supimos después), nos libráramos sencillamente tendiéndonos en el suelo fuera del camino y dejándoles pasar, movimiento que teníamos bien ensayado. Nos dieron el *¡Alto todos!*, y cada cual escapó por donde pudo. A mí no me encontraron hasta el amanecer; pero los soldados metían violentamente las lanzas en los zarzales, y me sacaron de ellos en medio de zumba general. Vernos y contarnos fué cosa de un segundo: dos tan sólo habían logrado escaparse. Creímos ser conducidos á Madrid, y nos equivocamos; porque nos dieron bagajes, volviéndonos otra vez á Salamanca, con gran disgusto nuestro. Felices considerábamos á los que llegaron, en efecto, á la Corte, y precisamente aquellos dos cuya suerte envidiábamos, los asesinaban á los pocos días en San Francisco el Grande, cuando lo del envenenamiento de las fuentes. Muchos años des-

pués, sus siete compañeros (ya exclaustros) y yo celebrábamos reunidos nuestras antiguas aventuras; todos disfrutábamos paz, vida, salud y libertad, y al explicarme el trágico fin de nuestros amigos, que ignoré hasta entonces, no pude menos de admirar los ocultos designios de una Providencia que de diez personas permitió que se salvaran dos, únicamente para morir.

Con gran satisfacción recibió el Comandante militar de Salamanca la noticia de nuestra captura, y sin apearnos fuimos conducidos hasta delante de su propia casa, asomándose á los balcones con objeto de vernos

mejor. Siete frailes montados en borricos y rodeados de lanceros, merecían contemplarse. ¡Qué cuadro tan grotesco ofrecíamos! Acaso por rehabilitarse en el concepto de las gentes timoratas, que sin rebozo le quitaban el pellejo, y seguro de no verse tachado de debilidad, en vez de vengativo apareció magnánimo: perdonó á todos los frailes, y volviéndolos en seguida á su convento, se contentó con la vigilancia del superior eclesiástico. Como yo no tenía capucha, me encerraron en el correccional, y se me formaba causa por escalamiento de cárcel.



CROMO DEL PRESENTE NÚMERO

Llegó por fin el día de poder cumplir con nuestros lectores el compromiso contraído de presentar ante su vista, por medio de bellísimas reproducciones al cromo, el legendario Salón de Banderas del Palacio Lorredán.

Hoy repartimos el que representa el Lienzo de Honor, cuya descripción exactísima y completa nos remite el infatigable Secretario del Sr. Duque de Madrid, don Francisco M. Melgar.

Estima el Rey, y con razón, como á una de sus más preciadas colecciones, la que parece historiar de un modo asaz elocuente y conmovedor las tres epopeyas del presente siglo, sucesión por ahora interrumpida de glorias y de reveses, de abnegación sublime y de heroicidades y sacrificios, que con letras de oro esculpirá en la historia patria el escritor desapasionado del porvenir, como hoy se relatan, ensalzan y glorifican las hazañas y hechos valerosos de los españoles de la Reconquista y de los que no há muchos años prefirieron morir á hincar su rodilla ante el invasor.

Repetidamente, y con solicitud y cariño inmensos, ha demostrado el Rey cuánto por la prosperidad de esta modesta Ilustración se interesaba; pero cual si tales y tan repetidas muestras de afecto no fueran bas-

tantes á satisfacer el anhelo de Don Carlos por secundar los planes de los inspiradores de EL ESTANDARTE REAL, que fueron osados hasta el punto de pedirle, para ser reproducidos por la zincografía, todos y cada uno de los trofeos que adornan el Salón de Banderas, encargó á un artista habilísimo, de los que en Italia ha inmortalizado su nombre con trabajos tan pulcros como perfectos, la copia en colores de los cuatro lienzos de la referida sala, santuario do parece tener su morada el genio de la guerra, cronista fiel de pasadas glorias y nuncio de otras venideras, no menos gloriosas, pero más decisivas.

El nombre de ese artista lo conocen ya nuestros lectores: es el de Luigi Gasparini.

Bien ha sabido éste responder á los deseos del Rey, reproduciendo hasta en sus más nimios detalles, y con maestría admirable, el hermoso conjunto de trofeos de guerra que, regados un día con sangre de héroes, lo son hoy con las lágrimas de muchos que arrostraron los azares de la campaña y otros que esperan ansiosos el momento de sacrificarse por su Dios y por su Rey.

De otro modo no podíamos corresponder á la augusta iniciativa, que encargando á artistas de primer orden, como D. Paciano Ross, dibujante, y D. Víctor Labielle, litógrafo, el complemento del trabajo tan felizmente iniciado por D. Luis Gasparini.

El público juzgará, y no dudamos ha de estimar en lo que valen nuestros esfuerzos por ofrecerles en cuatro cromos litográficos, de ejecución inmejorable, la reproducción fiel del Salón de Banderas de la morada de nuestros Reyes.

He aquí la descripción arriba citada, y que corresponde a la gran lámina que acompaña al presente número:

En el centro, debajo de la corona de laurel que encierra el lema *Dios, Patria, Rey*, está el estandarte de la Generalísima, bordado por S. M. la Reina María Francisca, y que acompañó a Carlos V y Carlos VII en sus campañas. A derecha é izquierda, lanzas carlistas y boinas históricas. A la derecha del que mira, la bandera del Real Cuerpo de Guías del Rey. A la izquierda, la bandera del Batallón Cazadores del Cid, 1.º de Castilla. Sobre ambas, dos de las banderas con que se inició el movimiento en el Norte el año 1872. Debajo del estandarte de la Generalísima, trofeo de espadas, en semicírculo: entre ellas, de los tres Carlos, del Infante Don Fernando, del **Marqués de Valde-Espina**, de Ollo, Elfo, Lizárraga, Rada y otros oficiales generales; bastones y fajas de Reyes y Generales. Debajo, el pergamino de Gasparini en honor de los principales jefes carlistas muertos en campaña. En la mesa que hay debajo, colección de proyectiles hechos en las fábricas carlistas; en el centro, cera de los blandones que ardieron en el catafalco de Carlos V; á un extremo, la cruz de San Fernando del General Ortega; al extremo opuesto, flores de Portugalete.—Continúa á la derecha del que mira: banderines de las Compañías 1.ª, 2.ª, 4.ª y 6.ª del 1.º de Navarra, sujetos con una bomba, modelo de las lanzadas sobre Bilbao. Debajo, escudo de bronce con los nombres de los hechos de armas á que asistió en persona Carlos VII. Debajo, la última silla de montar de Carlos V en la guerra de los Siete años. Más á la derecha: bandera del Batallón de Cruzados, 4.º de Castilla, en forma de estandarte; debajo, las banderas de Guías de Castilla y de Cazadores de Palencia, 5.º de Castilla. Debajo, las banderas del 8.º de Guipúzcoa y de Cazadores de Tolosa, 3.º de Guipúzcoa. Debajo, la caja de madera en que estuvo encerrado el estandarte de la Generalísima desde la guerra de Carlos V á la de Carlos VII.

A la izquierda del que mira, partiendo del trofeo central: cuatro banderines de la 2.ª, 5.ª, 7.ª y 8.ª Compañías del 1.º de Navarra, sujetos por un modelo del mayor proyectil Witworth usado por la artillería carlista. Debajo, escudo de bronce con los nombres de los oficiales generales de ambos ejércitos muertos en la guerra de 1872 á 1876. Debajo, silla de campaña de la Reina Doña María Teresa.—Más á la derecha: la bandera del 1.º de Gerona, en forma de estandarte. Debajo, las banderas del Batallón de Marquina, 3.º de Vizcaya, y del Batallón Infanta Doña Elvira, 5.º de Navarra. Debajo, la bandera del 4.º de Alava y la que sirvió para el alzamiento de la Rioja en 1872. Sobre este último grupo de banderas, el busto, en acero, de Carlos VI.

CATALOGO

DE LOS TROFEOS DE GUERRA DEPOSITADOS EN EL SALÓN DE BANDERAS DEL PALACIO LOREDÁN

(Conclusión.)

- 113.—Banda y Placa de la Gran Cruz de la Orden Española de Carlos III, usada por S.... el R.... Don Carlos VII en la campaña de 1872 á 1876.
- 114.—Hebilla de oro con las cruces-medallas de Montejurra, Vizcaya y la de la emigración en Austria de las tropas Estenses, usadas por S.... el R.... Don Carlos VII en la campaña de 1872 á 1876.
- 115.—Hebilla de oro con las medallas del «Paso del Danubio» y del «Valor Militar» de Rumanía, dadas á S.... el R.... Don Carlos VII por el Príncipe Carlos en el Paso del Danubio y Batalla de Plewna.
- 116.—Modelo de la medalla de Alpens, concedida al Ejército Real de Cataluña por S.... el R.... Don Carlos VII por su brillante comportamiento en la batalla de Alpens, de plata en forma redonda con Corona de Laurel, cuatro flores de lis y la inscripción en el anverso y centro «Alpens 9 de Julio de 1873»; en el reverso, «Adelante, esta es mi divisa. Carlos.»

OBSERVACIONES

- 4.—A. Tiene corbata verde y encarnada, correspondiente á las medallas dadas por las batallas de Montejurra y Somorrostro.
- 5.—B. Tiene corbata verde, correspondiente á la medalla dada por la batalla de Somorrostro.
- 6.—C. Tiene corbata verde y encarnada, correspondiente á las medallas dadas por las batallas de Montejurra y Somorrostro.
- 7.—D. Tiene corbata verde, correspondiente á la medalla dada por la batalla de Somorrostro.
- 8.—E. Tiene corbata verde y encarnada, correspondiente á las medallas dadas por las batallas de Montejurra y Somorrostro.
- 9.—F. Tiene corbata verde y encarnada, correspondiente á las medallas dadas por las batallas de Montejurra y Somorrostro.
- 12.—G. Tiene corbata verde y encarnada, correspondiente á las medallas dadas por las batallas de Montejurra y Somorrostro.
- 13.—H. Tiene corbata verde, correspondiente á la medalla dada por la batalla de Somorrostro.
- 14.—I. Tiene corbata encarnada, correspondiente á las medallas dadas por las batallas de Montejurra y Somorrostro.
- 15.—J. Tiene corbata verde, correspondiente á la medalla dada por la batalla de Somorrostro.
- 19.—K. Tiene corbata verde, correspondiente á la medalla dada por la batalla de Somorrostro.
- 20.—L. Tiene corbata verde, correspondiente á la medalla dada por la batalla de Somorrostro.
- 22.—M. Tiene corbata verde y encarnada, correspondiente á las medallas dadas por las batallas de Montejurra y Somorrostro.
- 23.—N. Tiene corbata encarnada, correspondiente á la medalla por la batalla y asalto de Berga.
- 24.—O. Tiene corbata encarnada, correspondiente á la medalla por la batalla y asalto de Berga.
- 25.—P. Tiene corbata encarnada, correspondiente á la medalla por la batalla y asalto de Berga.
- 26.—Q. Tiene corbata verde y encarnada, correspondiente á las medallas de las batallas de Alpens y Berga, respectivamente.
- 27.—R. Tiene corbata azul y verde, correspondiente

- á las medallas del asalto de Cuenca y batalla de Alpens, respectivamente.
- 29.—S. Tiene corbata azul celeste, correspondiente á la medalla dada por el asalto y ocupación de Cuenca (Centro).
- 28.—T. Sus combates principales, entre los 89 á que concurrió en la citada campaña, fueron los de Alloza (Bajo Aragón), en donde por vez primera se distinguió; ocupación de Zurruta y fuertes de Rubielos, Alcalá de la Selva y Mora de Ebro, Vinaroz y Roquetas, Lucena, Alcañiz, San Mateo, Uldecona, Amposta, Benicarló, asalto y defensa de Morella y de sus fuertes, quedando en la defensa de esta plaza enrojecida con sangre del Alférez abanderado D. Manuel Bayerri; tomó parte en la expedición al mando de S... el R. Don Carlos V sobre Madrid, y se batió gloriosamente en el arroyo Abroñigal (Madrid).

APÉNDICE

- 1.—Estandarte de C. V.—Corb. Som. y Mont.
- 2.—R. Cpo. de Guías.—Corb. Som.
- 3.—De Guipúzcoa, 883.—Corb. Som.
- 4.—Caz. de Palencia, 5.º de Castilla.—Som.
- 5.—Castilla, cazadores; 4.º.—Som. y Mont.
- 6.—Guías de Castilla.—Sin corbata.
- 7.—3.º Guip. Bon. Tolosa.—Som.
- 8.—Reg. caballería de Borbón (Navarra).—Sin corb.
- 9.—1.º Maestrazgo (Centro).—Corb. azul celeste por Cuenca.
- 10.—Bon. de Lérida, 1.º de Lérida.—Corb. encarnada por asalto y batalla de Berga.
- 11.—Estandarte escolta de Don Alfonso.—Corb. azul y otra verde por asalto de Cuenca y batalla de Alpens.
- 12.—Band. del Batallón de Arratia (Vizcaya).—Tiene corb. encarnada y verde por Som. y Mont.
- 13.—Band. Som., 5.º de Vizcaya.—Corb. de Som.
- 14.—Band. 1.º de Alava corb. verde y encarnada.—Som. y Mont.
- 15.—Band. 2.º de Jacrogón.—Sin corb.
- 16.—2.º Bon. de Jacrogón.—Sin corb.
- 17.—1.º Vizcaya Guernica.—Som. y Mont.
- 18.—2.º Castilla (Arlanza).—San Fernando y Som.
- 19.—Bon. de Covadonga.—Sin corb.
- 20.—Estandarte Regto. Cab. 1.º caz. de Cataluña.—Corbata por Berga.
- 21.—Se carece de noticias; se cree 2.º del Centro.
- 22.—Pertenece al ejército de Cataluña; no se conoce su aplicación todavía.
- 23.—Band. 6.º de Navarra Rey Don Juan.—Corb. de Som. y Mont.
- 24.—Santiago y á ellos.
- 25.—Band. 2.º de Lérida.—Corb. encarnada por Berga.
- 26.—Band. 1.º de Tortosa.
- 27.—Band. enemiga fuerte de Estella.
- 28.—Idem id., Molina de Aragón.
- 29.—Idem id., Segorbe.
- 30.—Idem id., fuerte de Aspe.
- 31.—Band. estandarte de las partidas volantes de Vizcaya, después Almogávares de Begoña.—Corb. verde.
- 32.—4.º Bon. de Alava.—Som. y Mont.
- 33.—3.º Vizcaya.—Marquina y Som.
- 34.—1.º de Gerona.—Verde y encarnada, Alpens y Berga.
- 35.—5.º de Navarra, Bon. de Doña Elvira.—Verde y encarnada.
- 36.—Bon. de Rioja.—Corb. de Som.
- 37.—1.º de Castilla.—Corb. verde y encarnada.

38.—Se halla oculta la bandera negra que sirvió para el levantamiento de Navarra, por haberla usado el Cura Santa Cruz.

NUESTROS GRABADOS

Archiduque Carlos Salvador.

(Pág. 321.)

El padre político de nuestra amada Princesa Doña Blanca nació el 30 de abril de 1839. Es hijo del Gran Duque Leopoldo II de Toscana, y hermano del último Gran Duque reinante Fernando IV, que está casado con la Gran Duquesa Alicia, hermana de Doña Margarita.

Es Teniente General del ejército austriaco y propietario en aquel Imperio del regimiento de infantería núm. 77. Toma parte muy activa en los trabajos militares, y es autor de varios inventos útiles y modificaciones en el armamento.

Palacio de Orbe, situado en Ermúa (Vizcaya), propiedad del Excmo. Sr. Marqués de Valde-Espina.

(Pág. 324.)

Villa Ferrera se llama en documentos antiguos á Ermúa, tal vez por la industria del hierro que en ella se ejerce, quizás como síncope de Heremuba, que denota yermo; de todos modos, aparece que debió poblarse hacia el siglo XIII, aunque la carta de fundación que se conoce es de 20 de Enero de 1372, expedida en Burgos por el Infante Don Juan, como señor de Vizcaya. Fué villa murada y muy fuerte; pero la incuria y el tiempo, y sobre todo el terrible incendio que sufrió en 27 de Agosto de 1794, en que la tea incendiaria del ejército francés hizo devorar 76 de las 84 casas que contaba, la dejaron asolada; empero, gracias á la energía de sus moradores, se han reedificado casi todas, y puede hoy presentar esta linda villa una plaza y unas cuantas calles.

Su iglesia parroquial, ampliada en 1602, tiene un área de 125 pies de longitud y 61 de latitud, y posee, además de un magnífico órgano y preciosas alhajas y lujosos ornamentos, un sepulcro de mármol, notable en extremo, en el que descansan los restos de D. Andrés de Orbe y Larreategui, Arzobispo de Valencia, hermano del primer marqués de Valde-Espina.

Tal es, á grandes rasgos, la pequeña villa de Ermúa, cuna de ilustres hombres de la casa de Orbe, patria de distinguidos patricios, y en la que vió la luz primera el célebre D. José María de Orbe y Elío, Marqués de Valde-Espina, General y Ministro de la Guerra de Don Carlos V y Diputado General de Vizcaya; el personaje más decidido, activo y consecuente de la Causa carlista, cuyo recuerdo vive íntegro y puro en el corazón de todos los vizcaínos, reconcentrando todo su afecto en el actual Marqués, fiel trasunto de las bellísimas cualidades de su padre. A los viajeros que van á Bilbao por la línea de Zumárraga, les falta tiempo, al llegar á la estación de Ermúa para contemplar un soberbio edificio que tiene una cúpula tan alta y esbelta como la torre de la iglesia. Es el palacio del Marqués de Valde-Espina. Lo mandó construir el Eminentísimo Sr. Arzobispo de Valencia á principios del siglo último, y es notable, no sólo por su severa fachada, que revela ya la grandiosidad del conjunto, sino por sus magníficos y anchurosos compartimientos, repartidos con sumo gusto y acierto, y sobre todo por la suntuosa escalera, verdadera obra de arte, que llama la atención de cuantos la examinan. Este palacio fué quemado en Agosto de 1834, de orden del general isabelino Bodil, tan sólo por ser propiedad de Valde-Espina, dejando únicamente las cuatro paredes y la cúpula de la escalera, que

felizmente no se derrumbó. El actual Marqués ha sabido restaurarlo con admirable acierto.

Batería del Choritoque.

(Pág. 325.)

Batería enterrada á barbeta, para una pieza de 16 centímetros con marco giratorio sobre suelo de mampostería. El parapeto, de 3'50 metros de espesor, tenía su talud interior revestido de tepes; el exterior lo formaba un muro de contención, reforzado con cuatro fuertes de mampostería. Dos espaldones á derecha é izquierda cubrían á los sirvientes; otros dos, perpendiculares á los primeros, cerraban completamente la batería, cubriéndola de los fuegos de enfilada.

De la gola de esta batería partía una trinchera de comunicación, que se enlazaba con la que conducía desde el Diente á Mallona.

Se había habilitado una casa próxima para cuerpo de guardia y cuartel de artillería.

Fuerte de Miravilla.

(Págs. 328 y 329)

Este fuerte, en forma de luneta, con chaflán en su ángulo flanqueado, tenía los parapetos de tierra, de cuatro metros de espesor, con revestimiento interior de tepes y una frisa que corría todo á lo largo.

Había tres emplazamientos á barbeta para dos piezas, uno en el ángulo y otro en cada extremo de las caras.

Cerrando la gola había un *blokhaus* de dos pisos, el inferior de mampostería, y el superior de madera con matacanes, ambos aspilleros. Servía de cuartel de infantería.

Páginas de un carlista.

(Págs. 330 á 333.)

Véase el artículo.

LIBROS RECIBIDOS

TRATADO DE ARTE ESCÉNICO, por D. Sebastián J. Carner, con un prólogo de D. Francisco de A. Rierola.— Para alabar lo mucho que esta obra tiene de bueno, necesitaríamos gran espacio. «Una mera ojeada al índice—dice el prologuista,—basta para convencerse de que no se trata de un librito escrito á la ligera, sino de un compendio pacientemente meditado y cuidadosamente dividido por materias encadenadas con riguroso método y de una manera que quede bien establecida la separación entre ellas, aun entre las más similares, al efecto de evitar la confusión y facilitar el estudio y la retentiva.

»La carencia en España de tratados semejantes, hace doblemente estimable el libro del Sr. Carner, que, ó poca fortuna ha de tener, ó ha de servir notablemente para vulgarizar conocimientos que lo mismo interesan al director que al actor que al aficionado, y precisamente vulgarizar es lo que importa en un arte en que uno de los factores más interesantes es el público reunido para juzgar y dar su voto favorable ó adverso á la obra del compositor y de los que la representan.»

Está en lo cierto el Sr. Rierola al afirmar que de la práctica de las reglas trazadas en la magistral obra del Sr. Carner depende la reconstitución del teatro español.

En las presentes circunstancias, en que el arte dramático está agonizando, merced á muchos autores y artistas de pacotilla que desconocen por completo todo lo que no es chavacano, bastaría la buena intención del autor del libro para que nos deshiciésemos en alabanzas al que tiene el valor de desviar

el «desbordado torrente de la frivolidad é insulsez»; pero en la obra en que nos ocupamos resplandece tanto el elevado criterio del Sr. Carner, y son tan vigorosas las pinceladas que da éste acerca de la decadencia y rehabilitación de nuestro teatro, que auguramos para ella, no sólo el aplauso del crítico, sino el reconocimiento de todos los que anhelan que el arte escénico camine por mejores derroteros.

La BIBLIOTECA DEL SIGLO XIX ha tenido la galantería de mandarnos uno de los volúmenes que expende al precio de 50 céntimos de peseta, y que tanto favor han merecido del público.

Hay en él escogidas composiciones literarias de los poetas castellanos del presente siglo, tales como Bretón, Campoamor, Cañete, Espronceda, Fernández y González, Trueba y Zorrilla.

Don José Sanromá y Ripoll ha publicado un diálogo en verso, propio para representarse en los colegios de niñas.

Se titula LA VANIDAD, y á juzgar por el extraordinario éxito que tuvo en el día del estreno y por las bellezas poéticas que encierra, no puede menos que obtener aceptación.

Es verdaderamente curiosa la MEMORIA DE LAS MISIONES DE FERNANDO PÓO Y SUS DEPENDENCIAS, escrita con las licencias oportunas por el Reverendo P. Procurador de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María.

En ella van descritas en correctísimo estilo las tradiciones y costumbres de aquel país, y la benéfica influencia que la civilización cristiana, á trueque de grandes sacrificios, ejerce en el golfo de Guinea.

Como pueden ver nuestros lectores por el anuncio inserto en la cubierta, ya ha visto la luz pública el ALMANAQUE de la Biblioteca Tradicionalista para 1891. Forma un artístico tomo de 128 páginas, con cubierta policromada, á ocho tintas y oro, debida al habilísimo lápiz de D. Paciano Ross, y 143 dibujos de artistas tan renombrados como los señores Amigó, Badía, Buxareu, Cilla, Coll, Comas, Ferrer, Foix, Gómez Soler, Melitón González, K. Mins, Labarta, Llovera, Apeles Mestres, Miró, Moliné, Pahissa, J. L. Pellicer, Pellicer Monseny, Renau, Urgellés, Vázquez, Vehil y otros. En su escogido texto figuran las firmas de distinguidos escritores carlistas.

Con ser muchos los elogios que la Prensa dedicó al del año pasado, toda ella reconoce que le supera en mucho el de 1891, y que á juzgar por la extraordinaria aceptación que tuvo aquél, en breve quedará agotada su edición.

HERMOSAS TAPAS

en percalina y dorados para encuadernar el primer tomo de esta Ilustración: 3 pesetas. Incluyendo la encuadernación: 5 pesetas.

La colección encuadernada: 18 pesetas. Con corte dorado: 21 pesetas.

Las mismas tapas, dispuestas para guardar el número corriente de EL ESTANDARTE REAL, ó sea con cantoneras de metal y botones dorados: 5 pesetas.

Los portes van por separado.

Dirigir los pedidos á esta Administración ó á los señores Corresponsales de la misma.

Barcelona: Imprenta de Fidel Giró, Cortes, 212 bis.

EL ESTANDARTE REAL

LAMINA 1.^a

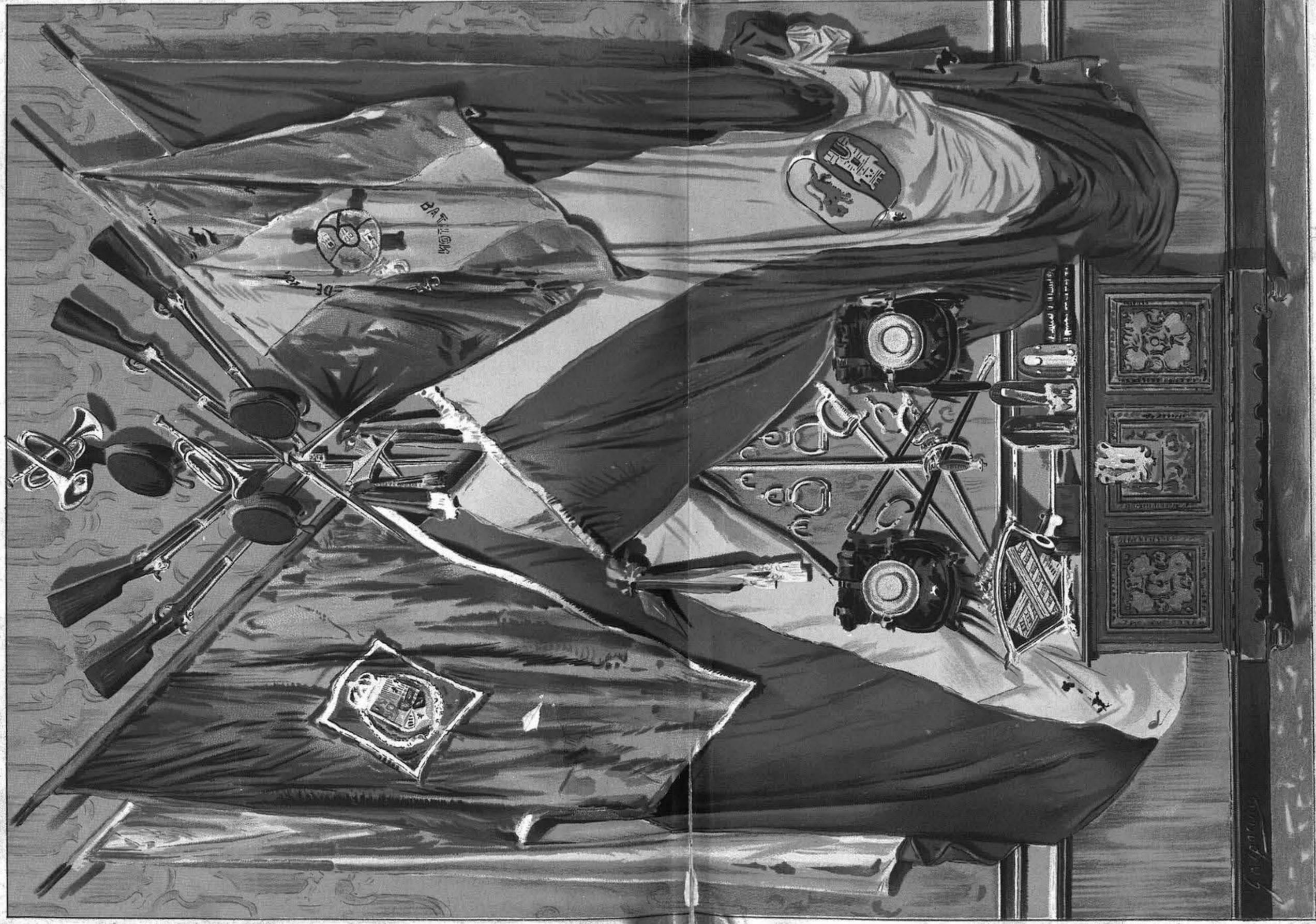


Luigi Gasparini, dib. y pintó.

Editado por la Biblioteca Nacionalista de Barcelona.

Lit. Labielle.—Barcelona.

PALACIO LOREDAN.—LIENZO DE HONOR DEL SALON DE BANDERAS



Luigi Gasparini, dib. y pintó.

Editado por la Biblioteca Tradicionalista de Barcelona.

SALON DE BANDERAS DEL PALACIO LOREDAN.

Lit. Labielle.—Barcelona.

EL ESTANDARTE REAL

LAMINA 3.ª



Luigi Gasparini, dib. y pintó.

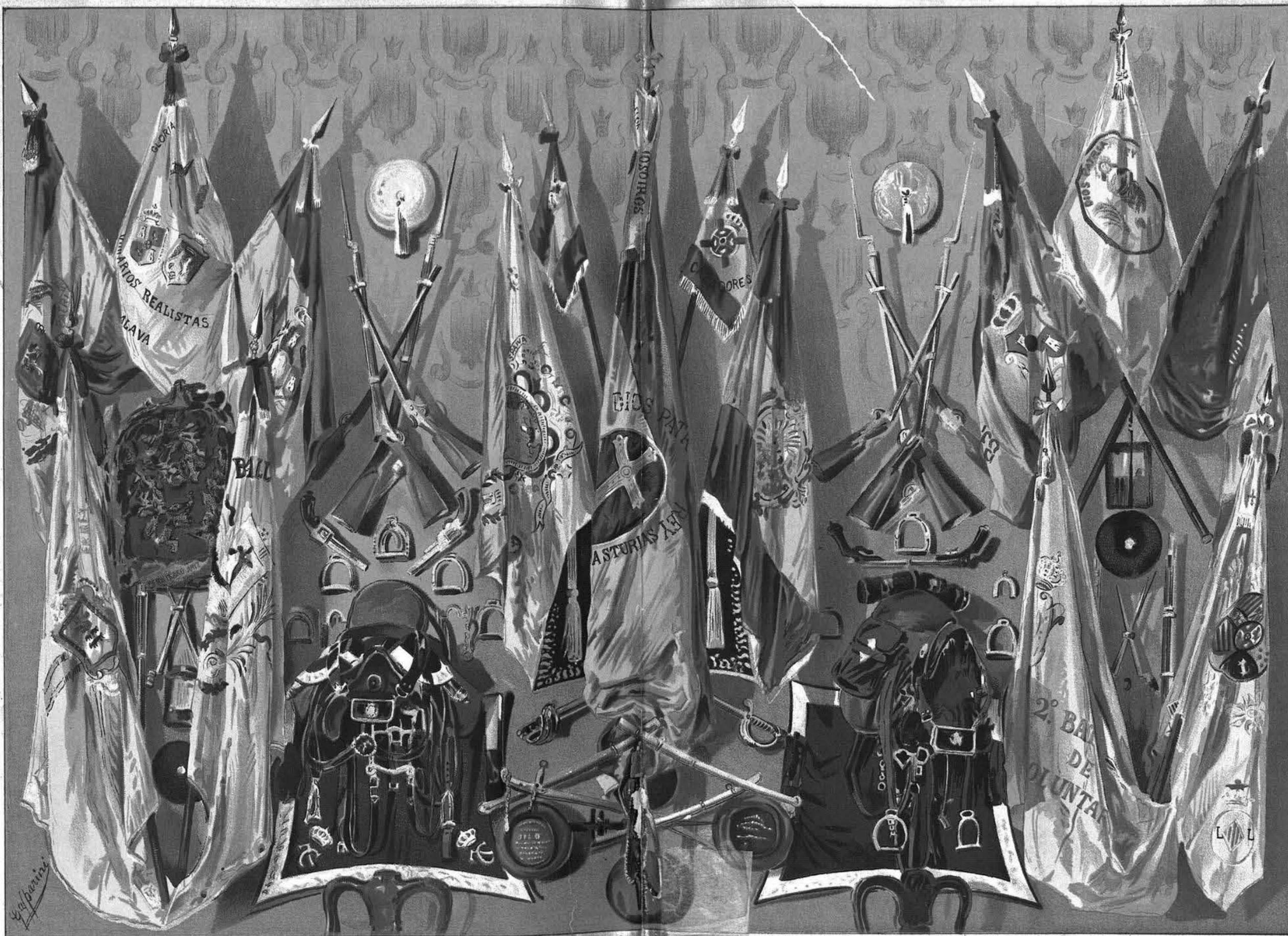
Editado por la Biblioteca Tradicionalista de Barcelona.

Lit. Labielle.—Barcelona.

SALON DE BANDERAS DEL PALACIO LOREDAN.

EL ESTANDARTE REAL

LAMINA 4.ª



Luigi Gasparini, dib. y pintó.

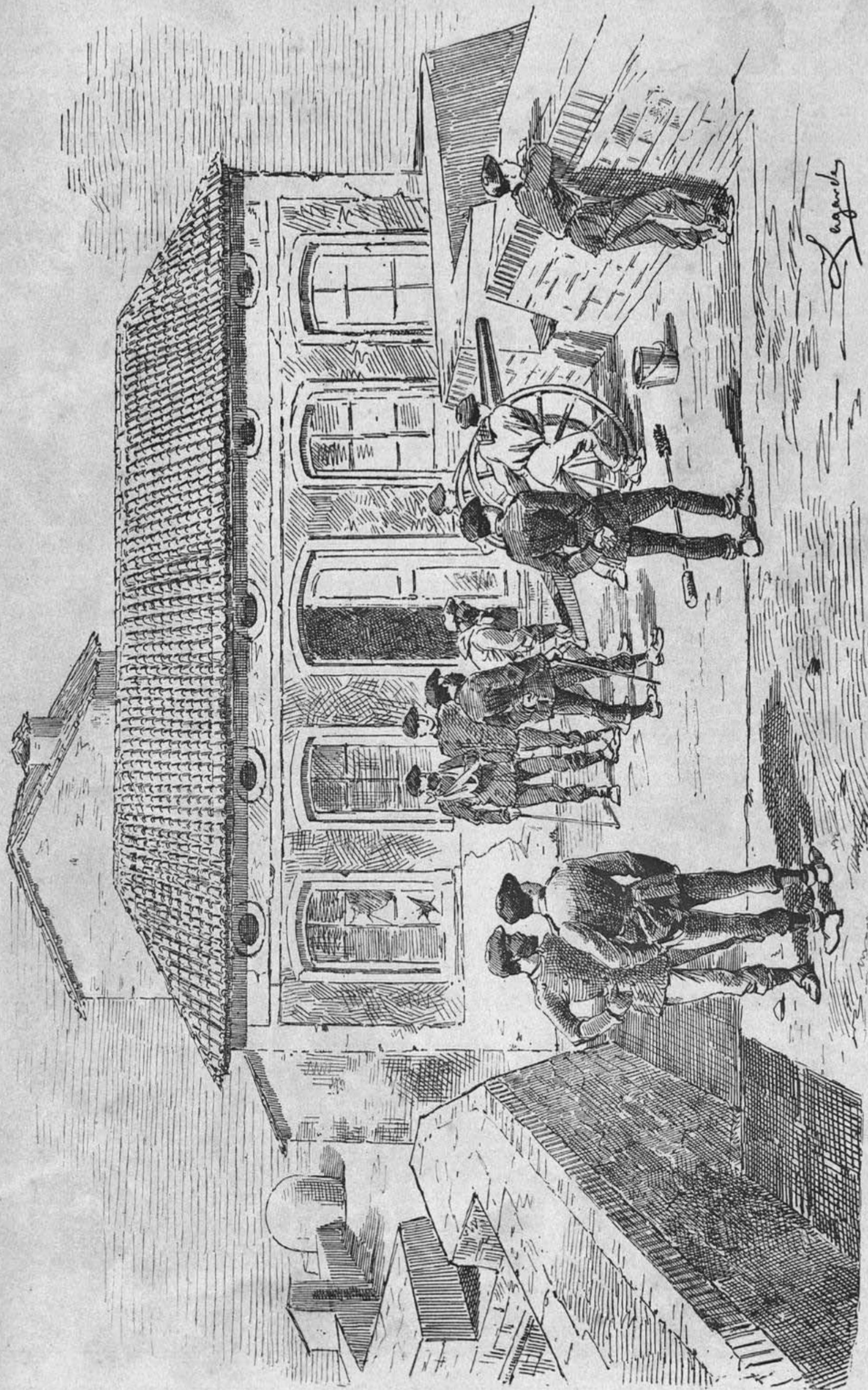
Editado por la Biblioteca Tradicionalista de Barcelona.

Lit. Labielle.—Barcelona.

SALON DE BANDERAS DEL PALACIO LOREDAN



EL ESTANDARTE REAL



FUERTE DE MONJARDÍN, COPIA DEL NATURAL, POR LAGARDE.

